COMEDIA FAMOSA.

LA HERMOSA FEA.

DE FREY LOPE DE VEGA CARPIO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Ricardo, Principe, Galàn. *** *Estela, Duquesa, Dama.* *** *Un Capitan. El Conde.*
Octavio, Galàn. *** *Celia, Dama.* *** *Julio, Gracioso.*
El Governador de Lorena. *** *Belisa, Criada.* *** *Acompañamiento.*



JORNADA PRIMERA.

Salen Ricardo, Principe de Polonia, Octavio, y Julio.

Octav. FUera temeraria empressa,
pero muy digna de tì.
Ricardo. Todo quanto en Francia vì
no iguala con la Duquesa:
Julio, què te ha parecido?
Julio. Un Angel me pareciò,
que de muger se vistiò,
si alguna vez se ha vestido.
Ricardo. No he leìdo yo jamàs,
que se vistiò de muger;
pero como pudo ser,
no pudiste decir mas.
Octav. En quanto el Sol mira, y dora,
se alaba su gallardìa.
Ricardo. O què divina armonìa
hacen en una señora,
la magestad en el talle,
y en el rostro la hermosura!
Julio. El oro, y la nieve pura
de nuestra Alemania, calle
con su rara perfeccion.
Ricardo. Parece, que en su belleza
retratò naturaleza
mi propia imaginacion:
aqui me pienso quedar
de secreto algunos dias
para verla. *Octav.* Bien podias
tener de hablarla lugar,
como no sepa quien eres.
Ricardo. Tu solo sabes quien soy.
Octav. Pues la palabra te doy,
Principe, si hablarla quieres,
despues de guardar secreto,
de hacer, que posible sea.
Ricardo. Haz, Octavio, que la vea,
y ser tu esclavo prometo.
Julio. Si sabe, que estàs aqui,
dificultoso ha de ser,
porque te ha de conocer.
Octav. Escucha un remedio. *Ricardo.* Dì.
Octav. Escribe à Celia su prima,
con quien tienes parentesco,
que por ir à vèr à España
à la ligera, y secreto,
no pudiste visitarla;
pero que despues bolviendo,
cumpliràs tu obligacion,
y quedaràste con esto
escondido en la Ciudad,
donde el ingenio, y el tiempo,
para que la veas, y hables,
daràn traza à tus deseos.
Ricardo. Dices bien, y lleve Julio
la carta; pero advirtiendo,
que si la Duquesa Estela
te pregunta, como pienso,

si la vì, que le respondas,
que sì, una tarde saliendo
à caza; y si prosiguiere,
lo que dixe, y lo que siento
de su persona, le digas,
que bolvì triste, diciendo,
que era su fama un engaño
de algun pintor lisongero,
cada pincèl mil mentiras,
cada color mil enredos:
que el Ducado de Lorena
era tan gran casamiento,
que hacia à los pretendientes
lindo parecer lo feo;
y que à mì, que no lo era,
me pareciò con extremo
fea, y de persona humilde.
Julio. Pues què pretendes con esso?
Ricardo. Assegurar la intencion,
que para servirla tengo,
como vereis adelante.
Julio. Y no hallaste mensagero
mejor en quantos te vienen
desde Polonia sirviendo?
A què muger, quando fuesse
lo mas infimo, y plebeyo,
la dixeran, que era fea,
que tuviera sufrimiento
para no tomar venganza,
quanto mas un Angel bello,
tan gran señora? No miras,
que entre algunos mandamientos,
que hizo para el honor
de las mugeres, el zelo,
y obligacion de los hombres,
no llamaràs, fue el tercero,
fea, ni vieja à ninguna;
y que del atrevimiento
serìa justo castigo
salir de Palacio muerto
à palos, de las cuchillas
de dos Gigantes Tudescos?
Ricardo. Julio, si ella fuera fea,
era delito muy necio;
pero siendo tan hermosa
como le ha dicho su espejo,
ha de enojarse conmigo,
y poner su entendimiento
en vengarse quando buelva;
y esto, principio al deseo
le ha de dàr de enamorarme,
que es lo que voy previniendo;
y tù veràs, que resulta
de este agravio algun sucesso
en favor de mi esperanza.
Julio. Confiesso, que voy con miedo,
mas consolando el peligro,
con saber, que te obedezco.
Ricardo. Tanto sienten este nombre?
Julio. Si es la hermosura el opuesto,
y esta la mayor lisonja,
què termino mas grossero,
que quitarles la esperanza
de aquel soberano imperio
con que rinden à los hombres?
Ricardo. Tù veràs, que es fundamento
del edificio mayor,
que tuvo amoroso empleo:
vèn, Octavio. *Octavio.* Aun no percibo
tu pensamiento. *Ricardo.* Pretendo
obligarla à enamorarme,
lo demàs te dirà el tiempo. *Vanse.*
Salen Estela, Duquesa de Lorena, y Celia, Dama.
Estela. Bien me holgàra, que te huviera
el Principe visitado,
y que el venir rebozado
menos disculpa le diera:
mal cumpliò la obligacion
de pariente. *Celia.* Pensarìa,
que el secreto me darìa
bastante satisfaccion,
pues parece, que la tienen
para ocasiones mejores.
Estela. El secreto en los señores,
quando de rebozo vienen,
es mayor publicidad,
porque todos hablan de ellos.
Celia. Es mayor grandeza en ellos.
Estela. Pensamos, que es vanidad:
sabes, què sintiò de mì?
Celia. Preguntaselo à la fama:
Fenix de Francia te llama,
lo mismo dirà de tì.
Estela. Cuidado, Celia, tenia
de vèr en alguna parte

este nuevo Adónis, Marte,
por talle, y por valentìa;
pero èl se guardò de suerte,
que me viò sin verle yo.

Celia. Ingrato correspondiò
à la ventura de verte:
que bien pudiera pagarte
si es gentil-hombre, y galàn,
con dexarse vèr. *Estela.* Estàn
tantas culpas de su parte,
que aunque te escriba no creo,
que à satisfacerlas baste.

Celia. De la privacion sacaste
las fuerzas de tu deseo;
porque si vèr se dexàra,
menos cuidados tuvieras,
que de lo que visto huvieras,
ninguna idèa formàra
aora la fantasìa.

Estela. El privar à una muger
de lo que desea vèr,
bien sabes tù, Celia mia,
que aumenta mas su deseo.

Celia. Asi muriò la Romana,
por no vèr por su ventana
passar aquel monstruo feo;
pues quànta es mas diferencia
la de un gallardo Alemàn,
mancebo hermoso, y galàn?

Salen Belisa, y Julio quedase al paño.

Julio. Pedid, señora, licencia.

Belisa. Hablarte quiere un criado
del de Polonia. *Celia.* No ha sido
descortès, ni ha merecido
hasta aora ser culpado:
licencia vendrà à pedir
para verme. *Estela.* Ya le buelvo
la honra. *Celia.* Y yo me resuelvo
en que le has de vèr, y oìr:
dì que entre.

Llega Julio, y arrodillase à los pies de Estela.

Julio. Dame los pies.

Estela. No soy yo la que buscais.

Julio. Sin razon culpa me dais,
que este yerro acierto es;
pues me truxo el resplandor
de su divina belleza
à saber, que es vuestra Alteza
de dos soles el mayor:
y asi, me buelvo al segundo,
à quien traigo este papel,
mirad lo que dice en èl:

Dale un papel à Celia, y lee para sì.

y yo, como abrasa el mundo
el Angel, que estoy mirando
en la señora Duquesa,
donde parece que cessa
quanto pueda haver pintado
con los mas vivos colores
la diestra naturaleza:
y perdone vuestra Alteza,
que de estrellas, y de flores
no haga un retrato aqui,
como suelen los Poetas,
porque prendas tan perfetas
son deidades para mì.

Celia. Ya he leìdo este papel.

Estela. Què escribe? *Celia.* Que se partiò
à España. *Estela.* Correspondiò
à aquella Patria cruel
de fieras, y hombres feroces.

Celia. Disculpase con passar
de rebozo. *Julio.* Y por guardar
(asi tu hermosura goces)
à tu grandeza respeto.

Estela. Pues à mì, què me importàra,
quando à Celia visitàra?

Julio. Esto de venir secreto
debiò de ser la ocasion,
por la poca autoridad.

Estela. Què dixo de esta Ciudad?

Julio. Que las de tu Estado son
la parte mejor de Francia.

Estela. Viòme à mì? *Julio.* Ya te viò à tì,
que para venir aqui
fue lo de mas importancia.

Estela. Què le parecì? *Julio.* Si dàs
licencia, à Celia dirè
lo que dixo. *Estela.* Sì darè.

Julio. Oye, pues. *Habla con Celia aparte.*

Celia. A mì no mas?
què puede ser, que no sea
muy conforme à su valor,
puesto que fuesse de amor?

Julio. Haver dicho, que era fea.

Celia. Què dices? estàs en tì?

Julio. Por esso te quise hablar
aparte. *Celia.* Estoy por pensar,
que te has burlado de mì,
que me pareces de humor.
Julio. Tentado soy del despejo,
mas siempre las burlas dexo
quando respeto el valor:
no he visto necio à mi amo,
señora, con tanto extremo.
Celia. Còmo necio? *Julio.* Y aun blasfemo
de un Angel. *Celia.* Pues yo le llamo
dichoso, aunque no discreto;
porque à parecerle bien,
quedàra al mayor desdèn,
que ha visto el mundo sujeto:
que de quantos la han servido
ninguno agradarle puede,
y es mejor que libre quede,
que à lo impossible rendido:
la Duquesa fea? *Julio.* Si.
Celia. Tiene esse hombre entendimiento?
Julio. Un mal gusto es fundamento
de que le parezca assi;
fuera de ser cosa llana,
que no hay disputa en los gustos.
Celia. Si, pero gustos injustos
hacen la razon villana.
Julio. Hombres hay, que un dia obscuro
para salir apetecen,
y el Sol hermoso aborrecen,
quando sale claro, y puro:
hombres que no pueden vèr
cosa dulce, y comeràn
una cebolla sin pan,
que no hay mas que encarecer:
hombres en Indias casados
con blanquissimas mugeres,
de extremados pareceres,
y à sus negras inclinados:
segun esto, la Duquesa
no dexa de ser hermosa
por un mal gusto. *Celia.* Es la cosa
mas nueva, y que mas me pesa,
de quantas pudiera oìr:
vèn por la carta despues.
Julio. Dadme, señora, los pies,
y de no se lo decir
palabra. *Celia.* Vete en buen hora.
Julio. Guarde el Cielo à vuestra Alteza,
en cuya hermosa cabeza,
el laurèl, que Apolo dora,
brille de Francia, ò España.
Estela. Tu nombre?
Julio. Julio es mi nombre.
Estela. Què oficio?
Julio. Soy Gentil-hombre,
que à sì mismo se acompaña;
pero en gracia de mi dueño,
que esta embaxada me fia.
Estela. No respondes, prima mia?
Julio. Celia me mira con ceño. *Vase.*
Celia. Ya le dixe à esse criado,
que buelva por la respuesta,
que si al Principe le cuesta
su papel tanto cuidado,
no quiero escribir sin èl.
Estela. Brava platica tuvistes;
què tratastes? què dixistes?
si diò materia el papel,
dirà que està enamorado
de mì el Principe, y que fue
perdido à España. *Celia.* No sè.
Estela. Quièn duda que te ha contado,
(que es ordinario en los hombres)
que en toda Francia no viò
Dama, Celia, como yo?
con todos aquellos nombres
de Angel, Estrella, jazmin,
rosa, perla, y otras cosas
tan necias, y mentirosas:
de mì què te dixo, en fin?
Celia. No eran cosas de importancia
las que hablamos. *Estela.* Còmo no?
Celia. Antes de enojo; y si yo
le bolviesse à vèr en Francia::-
Estela. Què murmuras? fue por dicha
descompostura de amor?
pidiò, necio, algun favor?
Celia. Tengo, Duquesa, à desdicha
tener tan necio pariente.
Estela. Dime lo que es.
Celia. No es razon.
Estela. Què confusion! *Celia.* Cosas son
de aquella barbara gente.
Estela. Quien quisiere à una muger
à puras ansias matar,

pro-

procurele dilatar
lo que quisiere saber:
ni fue jamàs discrecion
dexar razon comenzada.
Celia. Si puede ser escusada,
antes parece razon.
Estela. Celia, lo que fuere sea.
Celia. Què porfiar tan prolixo!
dixo el Principe::- *Estrella.* Què dixo?
Celia. Dixo el necio, que eras fea.
Estela. Pues bien, fue mucho el agravio?
Celia. Còmo puede ser mayor?
preguntale à tu color
si le importa el desagravio,
pues ya te escribe el desprecio
en la cara vergonzosa,
con letras de pura rosa,
el agravio de este necio.
Estela. Confiesso, Celia, que ha sido,
el repetirlo el Criado,
ocasion de haver quedado
en parte mi honor corrido.
Hazme placer quando buelva
de decirle, que se quede
conmigo. *Celia.* Julio, què puede,
quando à quedar se resuelva,
hacer para tu venganza?
Estela. Nunca has oìdo contar,
que aquel que se quiere ahogar,
qualquiera cosa que alcanza,
tiene fuertemente asida?
pues asi, tengo pensado,
que el asir de este Criado
es assegurar mi vida.
Celia. Què dices? *Estela.* Que este ha de ser
por quien me pienso vengar,
que invencion no ha de faltar,
para que me buelva à vèr;
y si me vè, tèn por cierto,
que ha de adorar la fealdad,
que dice, y que mi crueldad
le ha de vèr perdido, y muerto,
ò no ha de haver alma en mì.
Celia. Con razon estàs quexosa,
pero es imposible cosa,
que puedas vengarte asi:
mejor fuera::- *Estela.* No hay mejor:
dexame, Celia, pensar,
como le pueda obligar,
para que me tenga amor,
que una vez enamorado,
con la risa, y el desprecio,
quedarà de aqueste necio
mi sentimiento vengado:
que no hay venganza, que sea
mas discreta, y mas gustosa,
que hacerle querer hermosa,
quien le ha parecido fea.
Asi de aqueste enemigo
vengarse mi agravio piensa,
porque de la misma ofensa
se ha de sacar el castigo. *Vanse.*

Salen Ricardo, Julio, y Octavio.

Julio. Esta es la hora, que sin alma queda.
Ricard. No hay cosa, Julio, q̃ obligarla pueda
mas à lo que pretendo de importancia.
Julio. Asi lo entiendo yo de tu arrogancia.
Ricardo. Y el camino que hallaste
fue mucho mas discreto: al fin, dexaste
con Celia concertado
bolver por la respuesta?
Julio. Hale causado
notable novedad, que la Duquesa,
cuya hermosura es la mayor empressa
de Principes, y Grandes
de Francia, de Alemania, España, y Flandes,
te pareciesse fea.
Ricardo. De esta manera el Cazador rodea
al animal, ò al ave:
presto veràs, que su arrogancia grave
se rinde à mi deseo.
Octavio, amigo, en la ocasion me veo,
que tu fidelidad me ha de dàr vida;
de tu amistad mi confianza asida
pretende conquistar esta arrogante
hermosura Francesa, que en diamante,
con pinceles de nieve, pintò el Cielo.
La traza, que fabrìca mi desvelo,
es la que te he contado;
de todos mis criados he dexado
solo Julio conmigo, èl me acompaña,
que los demàs à España
vàn caminando: con el Conde oy quiero
dàr principio dichoso al bien que espero.
Octavio. Francès soy por la vida:
ya vuestra Alteza tiene conocida

mi

mi lealtad, y amistad, estè seguro;
y por esta que al lado traigo, juro
de guardarle secreto.

Ricardo. Pues para dàr à lo q̃ intento efeto,
dile al Governador secretamente
lo que te dixe, porque luego intente
prenderme, que por causa tan notable,
no dudes de que hable
con la Duquesa, y q̃ ella verme quiera,
donde mi amor en mi fortuna espera
lo que mi atrevimiento me assegura,
ò à las manos morir de su hermosura.

Octavio. Tù veràs el efeto
de un noble amigo.

Ricardo. Dì tambien, discreto,
en que consiste la ventura mia.

Julio. Quàndo faltò la dicha à la osadìa?
buelvo por el papel mientras te prenden,
y à vèr como se encienden
de la Duquesa los claveles vivos,
con tantos pensamientos vengativos,
si à quien tanta hermosura llamò fea,
rendir, matar, ò enamorar desea.

Vanse Rioardo, y Julio.

Octavio. No carece de valor
de Ricardo el pensamiento,
y mas siendo el fingimiento
el primer passo de amor.
O fuerza de la amistad!
à què me pongo por tì!
pero ya le prometì
favor, silencio, y lealtad.
Pròsperamente sucede:
este es el Governador,
que hasta en esto muestra amor
lo que sabe, y lo que puede;
con èl viene un Capitan,
concertòse la fortuna
con el amor, si en alguna
fortuna, y amor lo estàn.

Salen el Governador de Lorena, Barba, el Capitan, y Criados de acompañamiento.

Govern. Conozco vuestro cuidado.

Capitan. Quando me toca la guarda,
soy Argos de la Ciudad;
no ha de suceder desgracia
hasta que dexe la noche
la capa en manos del Alva,
que aun por esto la prendiera,
si la noche se quexàra.

Govern. Estàr limpia una Ciudad
de gente ociosa, es la causa
de no haver hurtos, ni muertes;
en que se vè, que se engañan
los que goviernan, si piensan,
que solo el castigo basta.
Prevenir, que no sucedan
delitos, con que no haya
quien los haga, en quien govierna
es la prudencia mas alta;
porque castigar despues,
supuesto que es de importancia
para el exemplo, ya es fuerza,
y es mejor, que se escusàran.

Capitan. Quièn limpiarà una Ciudad
donde acuden gentes varias?

Govern. Quièn? el temor del castigo,
y el cuidado del que manda.

Octavio. O què à proposito viene
à mi intento lo que tratan!
en vuestra busca venia,
doy al Cielo inmensas gracias
de haveros hallado aqui.

Govern. Què es, Octavio, lo que mandas,
que haverme hallado agradeces?

Octavio. Si no te ha dicho la fama,
que el Principe de Polonia
de rebozo estuvo en Francia,
sabe, que entre otras Provincias
vino, por vèr à Madama,
à la Corte de Lorena,
y fue huesped de mi casa,
donde hicimos amistad.
Partiòse en efecto à España,
peregrino de su gusto:
tuve ante ayer una carta,
en que me dice, que un hombre
tan noble, que le llevaba
por Secretario (que à veces
no conforma al cuerpo el alma)
todas las joyas le hurtò,
y que si por dicha passa
por esta Ciudad, le prenda:
ha sido mi dicha tanta,
que oy le visto en una Quinta

pas-

passear con una Madama,
que del hurto, y del bolver
fue por ventura la causa.
Fingì, que no conocia
quien era, aunque èl me miraba,
sospechoso de mis ojos,
que el miedo en todo repara;
y como vès, he venido,
no permitas, que se vaya
con tal delito, pues puedes,
sin peligro, y aun sin guarda,
hacer tan justa prision.

Govern. Quando truxera mas armas,
mas Soldados, mas defensas
para las joyas hurtadas,
que tiene aora sospechas
(porque nunca el alma engaña)
yo solo le he de prender,
que para ladrones basta
el temor de la Justicia.

Octavio. Mi intento no es, que le hagas
agravio, que es Cavallero;
mas que con buenas palabras
se cobren todas las joyas.

Govern. El Capitan de Campaña
venga conmigo no mas,
y dos Soldados de guarda. *Vanse.*

Salen Julio, y Celia con una carta.

Celia. Esta es la carta. *Julio.* Sospecho,
que con enojo le escribas,
y del que en esto recibas
culpo mi inocente pecho,
que te parlè, sin pensar,
lo que el Principe sintiò
de Madama. *Celia.* No sè yo
à quien se deba culpar,
ò à èl, que dixo, que era fea,
ò à tì, porque fuera justo,
que callàras su mal gusto;
pero no hay cosa, que sea
mas peligrosa (y perdona)
que servirse de criados
necios. *Julio.* Què bien castigados
vamos los dos! pero abona
tu culpa en esto la mia.

Celia. Còmo? *Julio.* Si yo te contè
(que toda mi culpa fue)
lo que el Principe decia,
el tuyo fue el mismo error,
contandole à la Duquesa
lo que yo dixe. *Celia.* No es essa
disculpa. *Julio.* Y aun fue mayor,
que en su ausencia me atrevì,
y es, como no haver hablado,
pues ausente el mas honrado
no puede bolver por sì.

Celia. Sentiste llamarte necio?

Julio. Pues no quieres, que lo sienta,
si aquello que el alma afrenta,
fue siempre el mayor desprecio?

Celia. Pues què llamas afrentar
el alma? *Julio.* Llamar à un hombre
necio. *Celia.* Por què?

Julio. Porque es nombre,
que por fuerza ha de agraviar
al entendimiento, que es
potencia suya. *Celia.* El honor
te buelvo. *Julio.* Y por el favor,
yo buelvo à besar tus pies.

Celia. Tù à lo menos, no has tenido
à la Duquesa por fea?

Julio. No quiera Dios, que me vea
falto de tan gran sentido,
que solo pusiera un ciego
en duda tanta hermosura.
Es Angel de nieve pura,
con dos estrellas de fuego:
es de la Venus de Fidia
retrato; y con mas primor,
higa del cristal de amor
contra el ojo de la embidia.
Es toda nacar lustrosa,
en cuya boca tambien
las bellas perlas se vèn
por celosìas de rosa,
cuyo dulce movimiento
enseña un rojo clavèl,
que es interprete fiel
de su raro entendimiento.
Sus mexillas encarnadas
de manutizas parecen,
quando entre aljofares crecen
del Alva pura esmaltadas:
y por no hacerlas agravios,
te digo, que son mas bellas,
señora, que solas ellas
com-

compitieran con sus labios.
Quando à las manos te inclines,
de tanta gracia estàn llenas,
que con rayos de azucenas
parece un sol de jazmines.
Finalmente, su valor
es de tan alta excelencia,
que sin pedirle licencia,
ni tira, ni mata amor.
Celia. Pues còmo al Principe ha sido
Estela un demonio fiero?
Julia. Porque es un gran majadero.
Celia. Mira, Julio, que te ha oìdo
la Duquesa. *Julio.* Dònde?
Celia. Estaba
detràs de aquella antepuerta.

Sale Estela.

Estela. Escuchandote encubierta
de tus lisonjas gustaba,
y como de la alabanza
resulta siempre aficion,
tu ingenio, y buena opinion
tanto con mi gusto alcanza,
Julio, que quiero pedirte,
que en mi servicio te quedes.
Julio. Hacesme tantas mercedes
en querer de mì servirte,
que en tu nombre Serafin,
pongo la boca dichosa
en la estampa venturosa
del corcho de tu chapin:
pero còmo podrà ser
sin licencia de mi dueño?
Estela. A sacarte de esse empeño
pienso que tendrè poder,
con escribir à Ricardo.
Tù, entre tanto que responde,
y que à quien es corresponde,
como de su nombre aguardo,
estaràs conmigo aqui,
que me has parecido bien.
Julio. Gracias, señora, te dèn
tus mismas gracias por mì.
Alaben tus altas glorias,
y tus virtudes perfetas,
en sus versos los Poetas,
y en su prosa las Historias:
los Poetas en sus Lyras
à tus meritos divinos,
cantando mil desatinos,
las Historias mil mentiras.
Estela. Dònde estarà tu señor
aora? *Julio.* Aun no havrà llegado
à España: ya su cuidado *ap.*
es de venganza, ò de amor.

Salen el Governador, y Octavio.

Octavio. No es razon, que le deis cuenta
(para afrentar este hidalgo)
à la Duquesa. *Govern.* Yo salgo
al remedio de essa afrenta.
Estela. Què es esso, Governador?
Govern. Señora, ha escrito Ricardo
el Principe de Polonia
desde Lunevilla à Octavio,
que hurtandole muchas joyas,
se le ha buelto el Secretario
à tu Corte. Diòme parte
de este sucesso, y buscando
los sitios de mas sospecha,
en una Quinta le hallamos:
como avisarte de todo
quanto passa me has mandado,
aunque Octavio no queria,
à tu presencia le traigo.
Estela. Octavio? *Octavio.* Señora?
Estela. Muestra
la carta. *Octavio.* Esta es.
Julio. Què estraño
sucesso! un hombre tan noble
en tanta baxeza ha dado?
Lee Estela. *Señor Octavio, despues de daros cuenta de que voy con salud, aunque sintiendo vuestra ausencia: sabed, que Lauro mi Secretario con algunas joyas mias se ha ido esta noche con admiracion mia, y de mis criados, siendo tan gran Cavallero: si bolviere à essa Ciudad, donde entiendo, que una Dama le ha obligado à este desatino, haced, que sin afrenta suya sepa de vos el disgusto, con que quedo. Dios os guarde.*

El Principe de Polonia.

Repres. Conoceis aquesta firma,
Julio?
Julio. Y còmo? aunque no creo

de

de Lauro el error, que veo,
y que essa firma confirma.
Estela. Quièn le trae?
Govern. El Capitan
de Campaña.
Estela. Verle quiero.
Govern. Entrad.
Sale el Capitan, que saca à Ricardo preso.
Estela. Gentil Cavallero, *ap.*
y por extremo galàn!
sois Lauro vos? *Ricardo.* Si señora.
Estela. Despejad todos la sala,
Celia, y Julio solo queden:
vos, Capitan de Campaña,
bolved despues por el preso.
Capitan. Quàndo vuestra Alteza manda?
Estela. Mas no bolvais, que no importa,
aqui estarà en confianza.
Vanse Octavio, el Governador, y el Capitan.
Dì, Cavallero, sirviendo
à tan gran señor, le hurtabas
sus joyas, y fugitivo,
desde el camino de España
à Lorena te bolvias,
y oculto en mi Corte estabas?
Què ocasion pudo moverte
para tan infame hazaña,
y para venirte aqui
con obligaciones tantas
de Noble, y de Secretario
de un Principe, y con gallarda
persona, y con ser forzoso
tu ingenio, en baxeza igualas
à los hombres mal nacidos?
Ricardo. Señora, en cuya alabanza
de entendimiento, y belleza,
gasta la parlera Fama
trompetas de inmortal bronce,
del Fenix purpureas alas,
con los ojos del Pabon,
què ya de celeste plata
clavos errantes, y fixos
el Zafiro eterno esmaltan:
yo soy Lauro de Lorena,
que fue mi padre de Francia,
y fuì vassallo del tuyo,
si en el titulo reparas.
Casòse en Cracobia insigne
con una Dama Polaca,
de suerte, que soy Francès,
de suerte, que ya te alcanza
la obligacion al favor
por vassallo de tu casa.
Supe en mis primeros años
lo que buenas letras llaman,
y dime à la Astrologìa
despues de otras ciencias varias;
porque puesto que no obligan
las Estrellas, pues la sàbia
prudencia puede regirlas,
y que ellas fueron criadas
por el hombre, y no èl por ellas,
es ciencia tan dulce, y alta,
y tan digna de un ingenio,
que me preciè de estudiarla.
Supe, en efecto, por ella,
que en tu Corte me guardaba
un grande bien la fortuna,
que fue de bolverme causa
desde el camino à tu Corte,
que las joyas de la carta,
que dice el Principe, ha sido
invencion, porque la infamia
me obligue à bolver con èl.
Tanta ha sido mi privanza,
que era yo Ricardo, y èl
Lauro, sin que apenas haya
diferencia entre los dos,
sirviendo à los dos un alma:
y pues Julio està presente,
bien sabe, que no se hallaba
Ricardo un punto sin mì,
y que fue nuestra crianza
una misma, siempre juntos
desde la primera infancia
hasta la presente edad;
pero si acaso te espanta
la ingratitud con que olvido,
quien con tanto amor me paga,
si amor merece disculpa
(que en las passiones humanas
le dàn el imperio exemplos)
amor, señora, me salva.
Estando el Principe un dia,

que saliò tu Alteza à caza,
con poco gusto de verte
(mira què necia desgracia !)
yo vì , no lexos de tì,
una tan hermosa Dama,
que vine à creer , que amor
mudò la flecha , y la aljava
en arcabùz , como dicen,
que qual la violenta bala
derriba el ave à la tierra,
que embuelto el cuello en las alas,
baxa sin sangre , que toda
por el aire la derrama:
asi yo sentì de un golpe
salir de mi pecho el alma,
embuelta en tristes suspiros.
Passè la noche en mil ansias,
y antes de vèr el Aurora,
el Principe se levanta,
y me notifica (ay triste !)
que quiere partirse à España:
fue forzoso obedecerle;
pero en aquella jornada
traìan su amor , y el mio
tan espantosa batalla,
que quedò vencido el suyo,
y por la posta Madama.
Bolvì à tu Corte , que estoy
loco de mirar su cara,
contento de estàr presente,
gustoso de imaginarla,
suspenso en su perfeccion,
muerto de sus bellas armas,
aficionado à su ingenio,
rendido à sus bellas gracias,
obligado hasta la muerte,
porque le doy la palabra
de pretenderla sin vida,
de amarla sin esperanza.

Estela. Sin tanta satisfaccion
vuestra persona abonaba,
que solo son vuestros hurtos
de voluntades honradas:
que amor à Lorena os buelva,
es disculpa , no es desgracia:
seguid , Lauro , vuestro intento,
y si alguna cosa os falta,
en mì la tendreis segura.

Ricardo. Con mas que palabras , almas,
beso mil veces la tierra,
que essos jazmines esmaltan:
vendrè à veros , si me dais
licencia , hermosa Madama.

Estela. Holgarème de saber
lo que con la vuestra os passa,
y còmo os và de favor.
Celia ? *Celia.* Señora ?

Estela. La salva,
con que ha entrado este navìo,
muestra , que de paces trata:
mas si eres la Dama , Celia ?

Celia. Cree , que no me pesàra,
que me quisiera.

Estela. Ni à mì.

Celia. Què dices ?

Estela. Que no te iguala.

Vanse Estela , y Celia.

Ricardo. Ay Julio !

Julio. Acà estamos todos.

Ricardo. Parecete , que se entabla
mi pretension ?

Julio. Lindamente;
pero guarda bien las cartas,
no te conozcan el juego,
aunque es nueva la baraja.

Ricardo. Què te dixo de ser fea ?

Julio. Allà veràs de tu carta
la respuesta , y lo que entiendo,
es , que ha quedado picada,
y que vengarse desea.

Ricardo. Yo harè de suerte , que salga
muy caro , Julio , de amor
el precio de la venganza.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Estela , y Celia.

Estela. Estoy contenta de vèr
de Lauro el entendimiento.

Celia. Mucho me espanta tu intento.

Estela. Soy agraviada , y muger.

Celia. Si miente en llamarte fea,
què venganza de su error
es , para mostrarle amor,
solicitar que te vea ?

Estela.

Estela. Porque tengo confianza,
que le puedo enamorar,
en que pretendo fundar
la mas discreta venganza.
Enamorado de mì,
yo te le pondrè de modo,
que se desdiga de todo
lo que Julio dixo aqui:
sin esto, quando mas cierto
de mi amor Ricardo estè,
con mil desdenes le harè
vivir abrasado, y muerto.
Hasta llegar à querer
un hombre, es hombre.
Celia. Es verdad,
que pierde la libertad,
que es como dexar de ser.
Estela. Luego si ha de ser Ricardo
solo lo que yo quisiere,
de estàr sujeto se infiere,
que mayor venganza aguardo:
guardese un hombre de dàr
su libertad, por querer;
porque entonces no hay muger,
que no se sepa vengar.
Yo voy con Lauro tratando,
que el Principe venga à verme:
si èl viene, y viene à quererme,
tù le veràs suspirando,
tù le veràs padeciendo;
porque en viendole querer,
tengo de darle à entender,
que estoy por Lauro muriendo.
Lauro tiene gentileza,
de zelos se ha de abrasar.
Celia. No se puede dàr pesar
à costa de la grandeza:
que donde hay tanto valor,
no sè, Estela, como quieres
imitar à las mugeres
viles en tretas de amor.
Estela. Y aun por andar tan iguales,
Celia, à su grandeza asidas,
suelen ser menos queridas
las mugeres principales:
dexame seguir mi intento.
Celia Y Lauro hate declarado
quièn es la Dama, que ha dado
principio à su pensamiento?
Estela. No lo ha querido decir,
ni era justo porfiar,
secreto la quiere amar,
si no la quiere servir;
que este amor debe de ser
al tiempo antiguo.
Celia. Aqui viene
Julio. *Estela.* Grande amor le tiene.
Celia. El lo debe de saber.
Estela. Què hay, Julio?
Sale Julio.
Julio. Venir, señora,
à vèr si te sirvo en algo,
que con lo poco que valgo,
mi desconfianza ignora
servicio, que pueda hacerte
de mas consideracion,
que para toda ocasion
ser tu esclavo hasta la muerte.
Estela. Oy se ofrece en que podràs
mostrarme esse buen deseo.
Julio. Y oy la dicha en que me veo,
si tanto favor me dàs.
Estela. Quièn es la Dama à quien ama
Lauro? *Julio.* Pesame, por Dios,
porque aunque amigos los dos,
nunca me ha dicho su Dama.
Lo que mas puedo decir
es, que me parece dentro
de Palacio, assi por centro
de hermosura, à quien servir,
como porque no le veo
fuera de èl mirar, ni hablar,
de donde pueda sacar
la causa de su deseo.
Duermo en su mismo aposento,
y de noche, el pobre amante,
es relox, cuyo bolante
es alma del movimiento.
Assi parece en la cama,
y las horas, los suspiros,
que dàn amorosos tiros
al indice de su Dama,
todo con tal desconcierto,
que nunca supe la hora
de esta encubierta señora.
Estela. Pues yo tengo por muy cierto,

que eres tù, Celia.
Celia. Yo? *Estela.* Sì.
Celia. No lo crea vuestra Alteza,
fie mas de su belleza.
Estela. Què dices? quererme à mì?
Celia. No se vè claro, en tener
Lauro secreto su amor?
Estela. Què desatinado error!
Celia. No puede un hombre querer
sin ofensa del sugeto,
con secreto, y discrecion?
Estela. No es amor, Celia, passion,
que sabe guardar secreto:
aora bien, quien fuere sea,
y es mucha curiosidad:
por lo menos es verdad,
que no le parece fea:
vamos de aqui.
Celia. Siempre assiste
esse pensamiento en tì.
Estela. Necia en ofenderme fui
de agravio, que no consiste
en la razon, siendo el gusto
un alvedrio sin ley,
que de los sentidos Rey,
puede ser justo, ò injusto:
mas ya, que mi confianza
dice, que es ofensa mia,
no dexarè la porfia
hasta tener la venganza.
Celia. Valiente resolucion! *Vanse.*
Julio. Esto se encamina bien,
porque el favor, ò el desdèn
de una misma suerte son:
porque como del favor
puede nacer la mudanza,
tiene el desdèn esperanza
de que se mude en amor.
Salen Ricardo, y Octavio.
Octavio. Pues ya caminan tambien
por la privanza de Estela,
tus cosas, que à tu cautela
no hay credito que no dèn:
advierte, Ricardo, amigo,
no Lauro, pues para mi
no eres Lauro, pues yo fui
parte entonces, y oy testigo
de tu secreta invencion,
que es Celia la misma vida,
que tengo en el alma asida,
y que ha llegado ocasion,
en que me puedas pagar
lo que te he servido en esto.
Ricardo. En obligacion me has puesto,
que es impossible pensar
humana satisfaccion:
mira en què puedo servirte?
Octavio. Basta, Ricardo, decirte,
que tengo à Celia aficion:
tù, pues, si llega ocasion,
informala bien de mì,
pues mejor se escucha assi
una amorosa aficion:
esto has de hacer en efeto,
porque en los tratos de amor
es el concierto mejor
por un tercero discreto.
Ricardo. Fia de mì, que tendrè
mas cuidado, que del mio.
Octavio. De tì mi remedio fio.
Ricardo. Amigo, Julio?
Julio. Aguardè,
que con Octavio acabasses
el comenzado discurso,
para no romper el curso
de lo que con èl tratasses.
Ricardo. Hablaste al Governador?
Julio. Dile tu carta fingida,
de su gusto recibida,
con muchas muestras de amor:
dixele, que havia venido
de donde el Principe estaba,
que si responder gustaba,
el que la havia traìdo
mañana se partirìa.
Octavio. Carta le escribes?
Ricardo. Despues
sabràs, Octavio, lo que es.
Julio. Quando de darla venìa,
doy con Celia, y con Estela,
de quien, señor, entendì,
que se han de lucir en tì
la ficcion, y la cautela:
notable examen, por Dios,
sobre saber quien ha sido
la Dama, que te ha traìdo,

hi-

hicieron en mì las dos;
porque debe de pensar
cada una, que es por ella.
Ricardo. Y què dixistes?
Julio. Que de ella
solamente imaginar,
que era en Palacio podìa,
pues fuera, à nadie mirabas,
que de noche suspirabas,
y andabas triste de dia.
Ricardo. Bien hiciste; porque es justo
ir poco à poco, y à tiento;
porque de este fingimiento
no nos resulte disgusto.
Julio. Dices bien; pero yo sè,
que no le falta de tì.
Octavio. La Duquesa viene aqui.
Ricardo. Vete, Julio.
Octavio. Y yo me irè,
con bolverte à suplicar
no se te olvide mi ruego.
Ricardo. Serà, Octavio amigo, luego
que Celia me dè lugar. *Vase Octavio.*
Sale Estela.
Estela. Lauro, estàs solo?
Ricardo. Aqui estaba
Octavio. *Estela.* Fuese?
Ricardo. Ya se ha ido.
Estela. Muchas veces he querido
(que sus cabellos me daba,
Lauro, la ocasion) fiarte
un secreto, y me ha faltado
atrevimiento: oy me ha dado
licencia mi honor de darte
satisfaccion del temor,
y cuenta de lo que espero,
que tan noble Cavallero
harà por mi propio honor.
Ricardo. Imagine vuestra Alteza
las fabulas, ò verdades
de aquellas antiguedades,
llenas de horror, y estrañeza;
è imagine, que Thesèo,
và à matar al Minotauro,
y presuma, que de Lauro
espera el mismo trofèo.
Imagine, que desea
tener las manzanas de oro,
cuyo guardado tesoro
fue perdicion de Medèa.
Imagine, que pretende
del campo Eliseo un laurèl,
y que passando por èl,
el infierno le defiende,
ò la cristalina esfera,
por quien oy Atlante es Monte,
ò como Belerofonte,
ir à matar la quimera,
que no pondrè duda alguna,
si lo intentan estorvar
la tierra, el infierno, el mar,
y el poder de la fortuna.
Estela. Pues en essa confianza,
Cavallero ilustre, advierte,
que aquel dia que me viò
el Principe tu pariente,
ò tu dueño, si lo ha sido,
(esto como tù quisieres)
dixo (no sè como diga,
para tratarlo de suerte,
ò con disculpa mas justa
la causa que me entristece)
que era yo en extremo fea;
vino este Julio à traerle
à Celia una carta suya,
y como ella pretendiesse
saber si yo le agradaba,
(pues vino à esta Corte à verme)
tan descortès, como el dueño,
dixo, que no libremente;
aora quiero que veas
lo que somos las mugeres,
que mi vanidad acuses,
y que mi enojo condenes:
tan grande le tuve, Lauro,
que no hay cosa que no intente
por vengarme de este necio;
y assi quiero, pues tù puedes
ayudar à mi venganza,
que mi amistad recompenses
en escribir à Ricardo,
que venga à Lorena à verme
con una invencion notable,
escuchame atentamente:
Tù has de decir en la carta,
que tanta privanza tienes
con-

conmigo, que te he contado
mis pensamientos mil veces,
y que te dixe, que el dia
que me viò, sin que entendiesse,
que yo le via, le vì,
y conocì claramente
(porque Celia me lo dixo)
y que me dexò de verle
tan perdìda desde entonces,
que siendo naturalmente
alegre, vivo tan triste,
que no hay cosa que me alegre;
porque de todos los hombres
me pareciò diferente,
con cuya imaginacion
no hay noche que no me acueste,
ni dia, que sin deseos
de bolverle à ver despierte;
y que yo misma te dixe,
que si à la Corte bolviesse,
tendrìa gusto de hablarle,
novedad de mis desdenes,
castigo de mis desprecios,
padecidos justamente
por haver sido con todos
ingrata, y àspera siempre.
Dentro, Lauro, de la carta
quiero tambien que le lleven
un retrato, porque vea
lo que tan mal le parece;
èste es hombre, al fin, y mozo,
y pienso, que como piense,
que una muger como yo,
con tanto extremo le quiere,
vendrà sin duda à buscarme,
que tanto les desvanece
su presuncion; y està cierto,
que si el necio à verme viene
le tengo de enamorar
tan diestra, y tan falsamente,
que llegue à vivir sin alma;
y que quando llegue à verse
en estado, que yo pueda
à la venganza atreverme,
me tengo de retirar
con zelos, y con desdenes,
que le ponga en ocasion,
que le parezca la muerte
mas alegre que la vida;
y si este caso sucede,
como le tengo trazado,
y tù, Lauro, no me vendes,
tengo de hacer, que Ricardo,
aunque no quiera, confiesse
que soy lo que dicen todos,
y que en haver dicho, miente,
que soy fea, despreciando
lo que en Reynos diferentes
ha parecido à sus dueños
(tan buenos como èl) de suerte,
que por mil Embaxadores
han intentado ofrecerme
los Imperios, y las manos,
para que acetasse, y diesse
las mias à quien castiga
mi arrogancia justamente,
pues me ha despreciado un hombre,
que solo el nombre me ofende,
que no merecen amor
los que son tan descorteses,
que à las mugeres les quitan
lo mejor que las concede
Naturaleza piadosa
para que estimadas fuessen;
y pues no estàs bien con èl,
permiteme que me vengue,
si vencido de tu engaño,
y desvanecido buelve,
que no hay vibora en la Scitia,
ni tiene el Africa sierpe,
como muger agraviada
de que el hombre la desprecie.
Ricardo. Pesame, Duquesa ilustre,
(por la parte que me toca
Polonia) la opinion loca
de un hombre de tanto lustre;
que aunque no es justo alabar
delante de quien lo siente,
el que agravia injustamente
al que se quiere vengar,
os asseguro, que es hombre
de entendimiento, y valor,
y en efecto un gran señor,
que basta solo este nombre.
No sè còmo puede ser,
que le pareciesse mal
un

un Angel tan celeſtial
en figura de muger:
pero en fin, hay en los guſtos
tal vez tan mala eleccion,
que en la mayor diſcrecion
ſon por eſtraños injuſtos:
pero os puede conſolar,
que de vueſtra parte eſtaba,
que ſiempre ſe deſalaba
lo que ſe quiere comprar:
juſtamente os vengarèis,
y yo à eſcribirle me ofrezco,
contento de que merezco,
que Eſtrangero me fieis,
ſeñora, tan gran ſecreto;
y aſsi pienſo deſpachar
à Julio, que ſabrà dàr,
como Criado, y diſcreto,
la carta en ſu propia mano.

Eſtela. Pues eſto aparte, eſcuchad,
ſi en nueſtra firme amiſtad
todo en cumplimiento es vano:
quando un Muſico pretende
à otro Muſico eſcuchar,
ſuele primero cantar,
y el otro no ſe defiende:
porque al fin eſtà obligado
de lo que el otro cantò;
y aſsi para oìros yo
mi ſecreto os he contado.
Còmo ſe llama la Dama
à quien ſervìs? *Ricardo.* Gran ſeñora,
no me pregunteis aora
còmo mi Dama ſe llama,
porque ſiendo deſigual,
notable ofenſa ſeria.

Eſtela. El favor, y amiſtad mia
còmo puede eſtarte mal,
(ſea quien fuere la Dama)
pues yo ayudarte prometo?

Ricardo. Por pagar vueſtro ſecreto,
Celia, ſeñora, ſe llama.

Eſtela. Peſame. *Ricardo.* Por què?

Eſtela. Yo ſoy
con voſotros deſgraciada:
Nacion tan mal inclinada
à mi favor (loca eſtoy!)
tu dueño me llama fea,
y tù aun de burlas no quieres
(tan deſcortès, Lauro, eres)
querer que la Dama ſea:
notable eſtrella he tenido
con voſotros.

Ricardo. Pues, ſeñora,
ſi yo te dixera aora,
à tu grandeza atrevido,
que eras el alto ſugeto
de mi humildad, no me hicieras
caſtigar? *Eſtela.* No, mientras fueras
honeſtamente diſcreto;
porque còmo puede ſer
dàr caſtigo por amar?
Por amar ſe ha de premiar,
que no por aborrecer:
querer mal à quien me quiere
no era coſa natural,
yo no te quiſiera mal,
pues de eſta razon ſe infiere:
el galàn que ſe contenta
del eſtado de ſu Dama,
jamàs ofende à quien ama,
pues lo que es honeſto intenta.

Ricardo. Duqueſa, y ſeñora mia,
dandome tanta licencia
vueſtra diſcreta prudencia,
vueſtra dulce corteſìa,
dirè (mas ay oſadìa *ap.*
de mis faciles antojos!
còmo dirèis mis enojos,
ſi podeis con menos mengua
hacer de los ojos lengua,
pues ſaben hablar los ojos?)
quièn es el ſol que me enciende,
y me yela, y me acobarda:
quièn la tirana gallarda,
que en ſu dulce Argèl me prende:
quièn me entiende, y no me entiende:
quièn es mi dulce homicida:
quièn mi eſperanza perdida
en tanta gloria convierte:
que de tan hermoſa muerte
aun ſe halla indigna la vida.
Ea, pues, atrevimiento, *ap.*
aora es tiempo de hablar,
pues os mandan declarar
vueſtro oculto penſamiento;

mas

mas si lo que callo, y siento
se puede en los ojos vèr,
presumir, y conocer,
aunque me dexe morir,
no se lo quiero decir,
pues no lo quiere entender. *Vase.*

Estela. Con razon me tuvo atenta
relacion tan bien fundada;
de oìrle quedo admirada,
mas no quedo descontenta;
que qualquiera atrevimiento,
siendo amoroso, perdona
una gallarda persona,
y un discreto entendimiento.
Mucha licencia le dì,
por saber à quien queria,
mas sirva en disculpa mia
el quererme Lauro à mì;
porque enojada, y corrida
estaba desconfiada,
del Principe despreciada,
y de Lauro aborrecida:
que à quien ninguno procura
querer bien, y vive en calma,
ò es hermosura sin alma,
ò es alma sin hermosura.

Sale Celia.

Celia. Bien de espacio vuestra Alteza
ha estado con Lauro.
Estela. Emprendo
la venganza, que pretendo
de su ingenio, y su nobleza,
que à los dos he confiado
el hacer que venga aqui
Ricardo. *Celia.* Y dice que sì?
Estela. Essa palabra me ha dado.
Celia. Pues còmo vendrà?
Estela. Secreto,
para que le pueda hablar,
que hablandole, pienso dàr
à mi pensamiento efeto.
Celia. Y si se sabe en la Corte,
que Ricardo viene aqui?
Estela. Dexame el cuidado à mì,
quando el esconderle importe,
que le tengo de burlar,
aunque aventure en rigor,
quanto no fuesse mi honor.
Celia. No te quiero aconsejar;
conozco tu condicion
tan furiosa resistida,
que aunque aventure la vida
has de lograr tu opinion:
pero dime, preguntaste
à Lauro la Dama? *Estela.* Si.
Celia. Y à quièn ama Lauro? *Estela.* A tì.
Tù, Celia, le enamoraste,
tù le traxiste à Lorena,
por tì su dueño olvidò.
Celia. No es posible sea yo
la que lo fue de su pena.
Estela. No me dè el Cielo ventura,
si no me lo dixo assi.
Celia. Que me quiere Lauro à mì?
Estela. Bien puedes estàr segura.
Celia. Y agradecida tambien?
Estela. Esso no; porque es mal caso,
quando sabes que te caso,
querer à ninguno bien.
Celia. Si le pesa à vuestra Alteza,
ni le verè, ni hablarè.
Estela. No me pesa; pero sè,
que puede su gentileza
impedir la voluntad
del tratado casamiento,
si este nuevo pensamiento
te quita la voluntad.
Celia. No passarà por el mio
querer à Lauro.
Estela. Haràs bien. *Vase.*
Celia. No hay ocasion que le dèn
al amor, como el desvìo,
mal, si con zelos intenta,
que muestre à Lauro rigor;
porque resistido amor,
con la privacion se aumenta. *Vase.*

Salen Ricardo, y Julio.

Ricardo. Ponte, Julio, de camino,
y por la posta saliendo,
à vista de la Ciudad,
llegaràs, à donde tengo
al Conde, y à los Criados,
que de Polonia vinieron
en mi servicio, y diràs,
que buelvan todos fingiendo,
aunque con poco ruìdo,

que

que vengo tambien con ellos:
esta carta me daràs, *Dale una carta.*
en que le escribo, que luego
que vì la de Lauro, puse
en execucion su intento;
y advierte, que me la dès,
con atrevido despejo,
delante de la Duquesa.
Julio. No has tenido pensamiento
de mas ingenio en tu vida.
Ricardo. Es amor grande ingeniero:
las maquinas de Arquimedes
no son encarecimiento
para las que tiene amor.
Julio. Ya sè que amor es tan diestro,
que fabrìca laberintos,
tal vez à maridos necios.
Ricardo. Parte, Julio, con cuidado.
Julio. Yo parto en brazos del viento,
para bolver con sus alas. *Vase.*
Ricardo. Y yo quedo satisfecho
de tu diligencia, Julio. *Sale Celia.*
Celia. Lauro? *Ricardo.* Señora?
Celia. Què es esto?
dònde despachas à Julio?
Ricardo. Al Principe, con deseo
de dàr gusto à la Duquesa,
à quien ya tengo por dueño:
ni es deslealtad engañarle,
y hacerle venir, pues pienso,
que aunque pretende, burlando,
enamorarle, el ingenio
de Ricardo es tan sutil,
que por sin duda sospecho,
que le ha de querer de veras.
Celia. Aqui me dixo su intento,
y que havia preguntado
quien era aquel nuevo empleo
de tus pensamientos, Lauro.
Ricardo. Y què te dixo?
Celia. No acierto
à decirte, que soy yo;
pero si no te agradezco
tanto amor, que por el mio
hayas dexado à tu dueño,
y aventurando tu honor,
en ocasion te hayas puesto
de estàr en Paìs estraño
con nombre tan baxo, y preso,
mal cumplo la obligacion
de mi noble nacimiento;
y asi digo, que lo estimo,
Lauro galàn, como debo,
y quanto puede mi estado
mostrar agradecimiento,
que de ser agradecida
à quien me estima, me precio,
mayormente con amor,
que es accion de nobles pechos.
Ricard. Celia, yo sè que un hõbre desdichado,
para mayor desdicha, fue dichoso,
como mi exemplo muestra, que ha llegado
à romper mi silencio temeroso:
tu agradecido pecho, tu cuidado,
y el verme tan aprisa venturoso,
siendo en tus prendas mi valor tan poco,
fueran bastantes à bolverme loco.
Dixome Octavio, que eras, Celia hermosa,
alma de sus sentidos, y que estaba
sin la suya por tì, con amorosa
ternura, que las piedras ablandaba;
que, pues con la Duquesa generosa
hallè tal gracia, que en Palacio entraba
con libertad, y en èl te hablaba, y vìa,
fundaba su esperanza en mi osadìa.
Quererte, y engañarle, es imposible,
aunque me muera yo, dexarle debo
la empressa à Octavio, y con dolor terrible,
quando puedo vivir, la muerte apruebo:
tù, quando fuere à tu valor posible
(mira que engaño en el amor tan nuevo)
que à Octavio favorezcas, sin que Octavio
sienta mis zelos, y tu amor mi agravio.
Celia. Si tuvieras amor, quièn te quitaba
que le dixeras, Lauro, à Celia quiero,
aunque lo que èl de mì te declaraba,
en su imaginacion fuera primero?
mas como el no tenerle te obligaba,
sigues la ley de amigo verdadero,
que tantos han quebrado con disculpa,
de que el agravio por amor no es culpa.
Traidor fuiste à los dos, à tì callando
tu amor, quando su amor te fue diciendo,
y à mì, pues mis favores despreciando,
de tu villana ingratitud me ofendo:
ninguno me hable, aunq̃ se muera amando,

 por-

porque à los dos estoy aborreciendo.
Ricardo. Celia, señora.
Celia. Vete, impertinente.
Ricard. Por Dios, q̃ la engañè discretamẽte.
Vase, y salen Estela, y el Governador.
Estela. Carta del Principe à tì?
Govern. Por mano de Octavio ha sido
este milagro. *Estela.* Ofendido
Ricardo estarà de mì,
viendo que dì libertad
à Lauro. *Govern.* Engañase en todo
vuestra Alteza: de otro modo
intenta hacerle amistad.
Estela. Còmo amistad? *Govern.* Esta es
la carta, que vista, fuera
causa, que pena me diera
de haverle preso despues.
Dale una carta à Estela, y èsta à Celia.
Estela. Celia, es su letra?
Celia. Y su firma.
Estela. Lee. *Celia.* Escucha.
Estela. Como sombra
este Principe me assombra,
y sus agravios confirma.
Lee Celia. *El enojo que me diò Lauro con su necia partida, me hizo tomar tan mal consejo por detenerle: Suplico à V. S. que si està preso, le dè libertad, y si no, le persuada, que se buelva conmigo, que estoy en una Aldea, à veinte leguas de essa Corte enfermo, desde que se partiò; porque fuera de ser mi primo, es mi mayor amigo.*
Estela. Dos cosas vienen aqui
notables; es la primera
ser su primo: quièn creyera
menos de Lauro? *Celia.* Es assi,
la nobleza trae escrita.
Estela. La otra, que enfermo estè
desde que de aqui se fue.
Celia. No sin causa solicita,
que buelva Lauro con èl.
Estela. Responded, Governador,
que no fuisteis con su honor
de Lauro vos tan cruel;
y que nunca estuvo preso,
que le hablarèis con cuidado
de verle tan agraviado
por aquel passado excesso;
pero no le prometais,
que irà à verle. *Govern.* A escribir voy.
Estela. Ni que yo avisada estoy
del mal que tiene escribais.
Vase el Governador, y sale Ricardo.
Ricardo. Pareciòme, que trataban,
gran señora, vuestra Alteza,
y el Governador de mì.
Estela. Hay una cosa muy nueva.
Ricardo. Còmo?
Estela. El Principe tu dueño,
mejor tu primo dixera,
no veinte leguas de aqui
està enfermo en una Aldèa.
Ricardo. Enfermo? *Estela.* Assi lo escribiò.
Ricardo. Pues còmo estando tan cerca
no se ha sabido? *Estela.* Havrà dado
tambien en que no se sepa,
como en otras necedades;
porque presumo, que piensa,
que estàs preso. *Ricard.* A no haver sido
por tu piedad, yo estuviera,
no solo en duras prisiones
entre la gente plebeya,
mas por ventura sin vida.
Estela. Primero la suya sea
exemplo de desdichados,
y nunca à Polonia buelva.
Celia. No le dices como quiere,
que Lauro vaya à la Aldèa?
Ricardo. Pues escribe, que yo vaya?
Estela. Con el temor de tu ausencia
aun no te osaba decir,
que verte, Lauro, desea;
pero si sientes tu agravio
(como es razon que lo sientas)
no pienso yo que en tu vida
bolveràs donde te vea.
Ricardo. Si mi ausencia, como dice,
la ha de sentir vuestra Alteza,
perdone esta vez Ricardo,
por mas que la sangre mueva
los deseos de su vista:
fuera de estàr mi inocencia
tan sentida de su agravio?
Sale Julio con una carta.
Julio. Quièn pensàra, que pudiera

bolvér tan presto de España.
Ricardo. Es Julio?
Julio. Con razon llegas
à dudar si Julio soy,
dando tan presto la buelta,
que mas parece soy Marzo.
Estela. Lauro, Julio estaba fuera?
Ricardo. Fue el Criado que escogì,
fiado en su diligencia,
para lo que hacer mandaste;
y pues ya lo sabe Celia,
y este loco ha entrado aqui
(que hablarme despues pudiera)
èl te dirà lo que passa,
escuchando que en la Aldèa,
que dice el Governador,
le ha detenido en Lorena
peligrosa enfermedad.
Julio. Si lo saben, què me queda
para que le pida albricias?
Ricardo. Saber si te diò respuesta.
Julio. Esta carta, y por la tuya *Dasela.*
el porte de esta cadena:
queda loco del retrato,
y el favor de la Duquesa;
de suerte, que al mismo punto,
(como si tu imagen bella
fuera de milagros) pide
le dèn de vestir, y queda
tan alentado, y brioso,
que el Conde, y la gente nuestra
han dado con los cavallos
por varias partes carreras,
alborotando el Lugar,
como al salir la sentencia
de un gran Estado en las Cortes,
los que vàn à dàr las nuevas.
Estela. Pues el que me tuvo en poco,
y à quien parecì tan fea,
con belleza, y mi favor,
y mi retrato se alegra?
Ricardo. Debe de querer el Cielo
dàr à tu venganza fuerzas:
leerè la carta. *Estela.* Despues
quiero, Lauro, que la leas
quando estemos los dos solos.
Ricardo. De què manera conciertas,
que venga à verte Ricardo?
Estela. Porque no demos sospecha,
verme de noche podia.
Ricardo. Y ha de entrar à tu presencia?
Estèla. No, Lauro, que no es razon.
Ricardo. Pues còmo quieres que sea?
Estela. Hablandome, como amante,
por alguna de las rejas,
que salen à los Jardines.
Ricardo. Ya voy previniendo penas.
Estela. De què, Lauro?
Ricardo. Ya, señora,
de aquel favor no te acuerdas,
con que prometiste dàr
vida à mi esperanza muerta?
Estela. Sì acuerdo.
Ricardo. Pues no es razon,
que zelos de un hombre tenga
de las prendas de Ricardo?
Estela. Calla, Lauro, que si llega
esta venganza à su punto,
como mi agravio desea,
èl tendrà zelos de tì. *Vase.*
Ricardo. Beso los pies de tu Alteza.
Celia. Lauro? *Ricardo.* Celia?
Celia. No hablaràs
conmigo mientras Estela
con el Principe? *Ricardo.* Si Octavio,
señora, me dà licencia.
Celia. Què cobarde Cavallero!
Ricardo. Señora, guardar es fuerza
el decoro à la amistad. *Vase Celia.*
Què dices, Julio? *Julio.* Que enredas
tal maquina de invenciones,
que es imposible, que puedas,
si has de ser Lauro, y Ricardo,
salir bien con lo que intentas.
Ricardo. En gran peligro me veo,
pues he de hablar en la reja
à Estela, como Ricardo,
y como Octavio con Celia:
mas como voy entablando,
Julio, el amor que me muestra,
què daño puedo temer,
quando el engaño se entienda?
Julio. Pareces amante Alcon
en conquistar su belleza,
que gustan de que la caza,
que han de comer, se defienda.

JORNADA TERCERA.

Salen Octavio, y Ricardo.

Octavio. Notable invencion ha sido,
tù mismo fingirte à tì.
Ricardo. Mayor es, estando aqui,
ser el Conde el que ha venido.
Octavio. Què bien fingido secreto!
bien llegaron tus criados.
Ricardo. Vienen diestros, y enseñados
del Conde para este efeto;
pero el peligro mayor
es hablar à la Duquesa:
quando esto pienso, me pesa
de haverla tenido amor.
Octavio. En vano tienes temor,
que no te ha de conocer
por el habla, si ha de ser
en la distancia mayor;
y quando à su pensamiento
malicia pueda llegar,
por la patria ha de pensar,
que teneis un mismo acento.
Ricardo. Essa razon es verdad,
y gran ventura haver sido
esta noche, en que he venido,
un limbo de obscuridad.
Algo tiene que decir
la Luna en esta ocasion,
al Pastor Endimion,
pues no ha querido salir:
y como son sus doncellas
las Estrellas que las vèn,
havrà querido tambien
recoger à las Estrellas:
lloviòso el Cielo se muestra,
y favorable à mi engaño.
Octavio. El habla no te harà daño,
que no es Estela tan diestra;
y como es tan poderosa
la imaginacion, no dudes,
que por poco que la mudes,
quede Estela sospechosa.
Ricardo. Pareceme, que diràs,
à què efecto me he fingido
con ella el mismo que he sido,
pues no ha de quererme mas?
Mira, Octavio, esta señora,
por sobervia de hermosura,
diò en despreciar la ventura,
que tiene dudosa aora;
pues ya la tengo en estado,
que quando llegue à saber
quien soy, no podrà tener
desprecios de mi cuidado.
Octavio. Dichoso fuiste, mas yo
tan desdichado me veo
con Celia, y con mi deseo,
que Celia me aborreciò,
y èl no me quiere dexar.
Ricardo. Celia serà tuya. *Octavio.* Mia?
Ricardo. Si llegàre, Octavio, dia,
que yo lo pueda mandar.
Octavio. Quieralo el Cielo.
Ricardo. Si harà.
Octavio. Julio sale. *Sale Julio.*
Ricardo. Es hora? *Julio.* Sì.
Ricardo. Sale ya à las rejas? *Julio.* Ya.
Ricardo. Pareces eco. *Julio.* En oyendo
que estaba alli, me llamò,
entrè, vì al sol, y èl me viò
à media noche saliendo:
aqui vieras la oratoria
en su punto: finalmente
me preguntò, còmo siente
Lauro la amorosa historia
de su Principe Ricardo?
Despues, que à la Corte vino,
ya zeloso le imagino,
que me dicen, que es gallardo.
Señora, la repliquè,
toda la noche han estado
juntos, y de tì han hablado:
y en esto no la engañè,
pues que sois uno los dos.
Siente, que esta noche quieras
hablarle, y si perseveras,
matas à Lauro, por Dios:
ya no lo puedo escusar,
dixo, pues està en la calle,
y zelos, sin vèr su talle,
còmo se pueden causar?
Vete, dixo, y dì, que ya
salgo al balcon; està atento,

que

que en las celosìas ſiento
que alguna perſona eſtà;
y pues te has determinado,
llega à morir, ò à vencer.
Ricardo. Dos papeles he de hacer,
que el Poeta amor me ha dado:
ya he de ſer Ricardo, y ya
Lauro; pero Octavio entienda,
que los miſmos le encomienda,
que aſsi concertado eſtà:
Ricardo, y Lauro he de ſer.
Octavio. Si ſales con eſte engaño,
ſervirà de deſengaño
de lo que amor puede hacer.
Ricardo. Señas han hecho, yo llego.
Salen Eſtela, y Celia, cada una à ſu reja.
Octavio. En dos partes hacen ſeñas.
Ricardo. Si à Celia, Octavio, conoces,
fingete Lauro con Celia,
porque yo me fingirè
Ricardo con la Duqueſa,
ſi es fingirme el ſer quien ſoy:
tù, Julio, ya entiendes. *Julio.* Llega,
y entre tanto dormirè,
mientras ellos ſe deſvelan.
Eſtela. Es el Principe Ricardo?
Ricardo. Es, ſeñora, vueſtra Alteza?
finja la voz, para que *ap.*
tenga el engaño mas fuerza.
Eſtela. Yo ſoy. *Ricardo.* Y yo quien adora
eſſas hermoſas eſtrellas.
Eſtela. Cielos, el eco en Ricardo *ap.*
à la voz de Lauro ſuena!
Què direis de mi oſadìa?
pero fuera yo muy necia
ſi diſculpàra à quien viò
vueſtra rara gentileza:
no he ſabido defenderme
de vos, pues que tanta auſencia
ſola una viſta no olvida.
Ricardo. Si amor con milagros pienſa
hacerme tan venturoſo,
què tengo yo que le ofrezca,
ſi os he dado à vos el alma?
la enfermedad de la Aldèa
fue de amor, fue de haver viſto
vueſtra divina belleza.
Celia. Ha Cavallero, ſois Lauro?
Octavio. Lauro ſoy, hermoſa Celia.
Celia. No quereis hablar conmigo,
por no dàr zelos à Eſtela?
Octavio. Yo, mi ſeñora, no doy
zelos, y quando los diera,
aventuràra mi daño
por el guſto de quien reyna
por alma de mi alvedrìo,
donde no puede haver fuerza
mayor, que la voluntad.
Celia. Què deſigual competencia
hacemos mi prima, y yo!
Octavio. No puede Eſtela tenerla
con vos, ſi yo ſoy la cauſa.
Celia. Con què quereis que agradezca
tanta merced? *Octavio.* Con pagarme:
mirad què breve reſpueſta.
Eſtela. Muriendome eſtoy de vèr, *ap.*
que hablen juntos Lauro, y Celia:
què harè para dividirlos?
Ricardo. Con quièn habla vueſtra Alteza?
Eſtela. Es Lauro aquel? *Ricardo.* Si ſeñora.
Eſtela. Decidle, que à hablarme venga,
y vos à Celia darèis
de lo que tratemos cuenta,
que es muy juſto, por amiga,
por mi prima, y deuda vueſtra.
Ricardo. Notablemente ſucede! *ap.*
quànto ſe engaña quien pienſa,
que nadie puede engañarle!
Lauro? *Octavio.* Señor?
Ricardo. Dad licencia
por un inſtante: oye aparte.
Octavio. Conociòte la Duqueſa?
Ricardo. De ninguna ſuerte, Octavio:
mas como de vèr le peſa,
que hables con Celia, que al fin
preſume, que hablo con ella,
me ha mandado, que te llame,
y que entre tanto entretenga
à Celia. *Octavio.* Pues què has de hacer?
Ricardo. Que tù à hablar à Celia buelvas,
y yo buelva como Lauro,
de ſuerte, que vaya, y venga
à ſer dos, ſiendo uno miſmo.
Octavio. Eſtrañas coſas intentas!
Ricardo. No puedo mi deſatino
bolver atràs, aunque quiera.

Buel-

Buelven cada uno à su reja.

Ricardo. Es vuestra Alteza? *Estela.* Yo soy.
Octavio. Ya buelvo, divina Celia,
à abrasarme en vuestras luces.
Celia. Decidme, por vida vuestra,
lo que el Principe os queria.
Octavio. Caprichos de la Duquesa
son de su ingrata altivèz.
Ricardo. Que me llama vuestra Alteza
me dixo el Principe. *Estela.* Lauro,
hame dado mucha pena,
que hablés con Celia. *Ricardo.* Señora,
Dios sabe, que no quisiera,
ni verla, ni haver nacido;
para ser de mis ofensas
tercero, como lo soy.
Estela. Hay tan notable estrañeza! *ap.*
que à Ricardo, y Lauro, un mismo
acento naturaleza
les concediesse! es prodigio?
De que pretenda te quexas
vengarme con estas burlas?
Ricardo. Quien llega à morir de veras,
no funda en burlas sus zelos.
Estela. Lauro, si yo presumiera,
que esto havia de causarte
un atomo de sospecha,
ni la venganza intentàra,
ni aunque me llamàra necia,
(que entre personas con alma
es mas agravio, que fea)
tratàra de castigarle.
Ricardo. Que satisfaccion merezca
de essa boca mi osadìa,
todos mis zelos sossiega:
O què palabras tan dulces!
Bien haya quien paga en perlas
penas de zelos fingidos.
O quièn estuviera cerca
para deshacer las hojas
de essas blancas azucenas,
poniendo en ellas la boca!
Estela. Yo aguardaba, que amanezca,
por vèr al Principe el talle;
pero porque me agradezcas,
que este deseo no cumpla
(que en muger es cosa nueva)
dì al Principe, que perdone,
porque la Aurora no sea
causa, que alguno en Palacio
esta novedad entienda:
esto fineza parece.
Ricardo. Si en la voluntad engendra
alma amor, sean mil almas
agradecida respuesta:
yo voy, para que nos vamos,
que noches, señora, quedan
para engañarle, y como es
mozo de poca experiencia,
y sobervio de su talle,
no dudes de que ya piensa,
que estàs de èl enamorada.
Estela. Bien dices, yo me voy: Celia?
Celia. Señora?
Estela. Vamos de aqui. *Vase.*
Celia. A Dios, Lauro. *Vase.*
Octavio. Quièn pudiera
iros siguiendo, sol mio!
Ricardo. Ha Julio, Julio, dispierta.
Julio. Quièn llama?
Ricardo. No me conoces?
Julio. Mueran::-
Ricardo. A quièn dices mueran?
Julio. Dònde estàn los enemigos?
Ricardo. Detèn la locura, bestia.
Julio. Què te ha sucedido, en fin?
Ricardo. Quièn pensàra, que tuviera
tan firme imaginacion
en mi fè, y en su grandeza,
para no ser engañada?
Julio. Triste està Octavio.
Octavio. No alegan
dichas fingidas. *Ricardo.* La Aurora,
ya por la boca risueña,
càndidos rayos dilata,
flores, y fuentes le besan
los coturnos de oro, y nacar.
Julio. Y yo dixera en mi lengua,
que salìa la mañana
en chapines, ò en chinelas.
Ricardo. O, Amor, que serà de mì!
A Dios, rejas. *Vanse los dos.*
Julio. Quièn creyera,
que no huviera para Julio
una Inès en esta feria?
mas dicenme, que se cansan

de

de que los amantes tengan
criado para criada,
y asi no hay Inès, paciencia. *Vase.*

Salen Estela, y Celia.

Estela. A mì me quieres hacer,
prima, tan grande disgusto?

Celia. La que se casa sin gusto,
dònde le piensa tener?

Estela. Casada toda muger,
ama despues su marido:
pocas dichosas han sido,
por casarse enamoradas.

Celia. Debieron de ser culpadas:
quàndo amor merece olvido?

Estela. Si Lauro no te obligàra.
yo sè que me obedecieras.

Celia. Y yo que no te ofendieras,
si Lauro no te agradàra;
pero, señora, repara,
en que no te iguala à tì,
Reyes, y Principes sì:
luego no he pensado mal,
que un hombre, que no es tu igual,
serà bueno para mì.

Estela. Celia, menos bachillera,
que yo me puedo casar
con mi gusto, y puedo dàr
mi Estado à quien menos fuera:
y quando yo à Lauro quiera,
no es Lauro primo de quien
à mì me estuviera bien?
luego aquel mismo valor
me puede obligar à amor,
como al Principe à desdèn.

Celia. Como tu melindre ha sido
tan recatado hasta aora
en querer buscar, señora,
entre Principes marido,
no pensè verle rendido
à un hombre, que no lo es:
y me espanta de que dès
en querer, Estela, asi,
quien me quiere sola à mì,
pero à tì por interès.

Estela. Què loca te tiene amor!
Lauro à tì? *Celia.* Si anoche oyeras
à Lauro conmigo, huvieras
desengañado tu error.

Estela. Del Principe su señor,
que conmigo, Celia, hablaba,
zeloso por dicha estaba;
pues quando yo le llamè,
desengañada quedè,
de que Lauro te engañaba.

Celia. Còmo que te hablaba à tì?
pues nunca Lauro te hablò,
si de mì no se apartò,
en quanto estuviste aqui.

Estela. Digo, que le hablè, y le oì
tan tierno, tan dulce amante,
que se ablandàra un diamante.

Celia. No sè como pueda ser,
que de Lauro pueda haver
un retrato semejante:
Pero pues se ha declarado
de esta suerte vuestra Alteza,
en mì fuera ya baxeza
darle con zelos cuidado,
y del que Lauro me ha dado,
quedo tan arrepentida,
que no le hablarè en mi vida;
que prenda tan estimada
no ha de ser de mì enojada,
sino adorada, y servida. *Vase.*

Estela. Soy yo por dicha,
pensamiento mio,
la que jamàs rindiò
su pensamiento,
y èl os quiera vencer
mi entendimiento,
y entrar con mi valor en desafio?

Sale Julio.

Julio. Salga vuestra Alteza à vèr
del Principe, mi señor,
un presente, aunque en valor
tan desigual viene à ser
con el que oy ha recibido
de tus manos liberales,
que en sus minas celestiales
diamantes han producido;
si bien, mas que los diamantes,
la ropa blanca estimò,
que nunca el Sol se vistiò
con Auroras semejantes;
porque tan lindas camisas
parece que le diò el Alva

en

en su azafate, con salva
de sus flores, y sus risas.
Alaba olor, y limpieza
de las caxas de ciprès,
y dice, que todo es
retrato de tu belleza.
Finalmente, se ha esforzado
à embiarte niñerìas.
Estela. Què tan presto de las mias
el Principe se ha pagado?
Julio. No son cosas de valor;
sì bien son curiosidades.
Estela. Con esso me persuades,
que me tiene poco amor.
Julio. Solo un retrato le tiene,
que està engastado en diamantes.
Estela. De quièn?
Julio. Porque no te espantes,
la lengua el nombre detiene.
Estela. Dì presto. *Julio.* De Lauro es.
Estela. Retrato de Lauro à mì
con tantos diamantes? *Julio.* Si;
porque dice, que despues
que te oyò decirle amores,
no te pudo hacer presente
de mas valor. *Estela.* Lauro miente,
si le ha dicho mis favores.

Sale Ricardo.

Ric. Siempre he de hallar, señora, en vuestros (labios
à Lauro?
Estela. No esta vez por gusto mio,
sino para vengar justos agravios.
Ricard. Mas de tu ingenio, y tu valor confio.
Estela. Nunca se alaban los amantes sàbios
(porque es ingratitud, y desvarìo)
de los favores de sus Damas. *Ricard.* Mira,
que son los zelos del amor mentira.
Dixome anoche el Principe, señora,
que nos oyò requiebros, quando hablaba
con Celia, en cuya platica el Aurora
nos hallò sin dormir, tan necio estaba:
con esto Julio te havrà dicho aora,
que mi retrato propio te embiaba,
passandole à una caxa de otro suyo.
Estela. Mas la merece sin enojo el tuyo.
Ric. Pues si esto es la verdad, los claros cielos
serene de los ojos vuestra Alteza,
que no se han de atrever à Cielos zelos,
ni la sombra à la luz de la belleza.
Estela. Lauro, no me bastaban los recelos
de Celia, que me han dado igual tristeza,
sino pensar de tì, que me vendìas?
Ricardo. Pues què dice de mì?
Estela. Que la querìas.
Ricardo. Yo? *Estela.* Si.
Ricardo. Tù misma entretenella,
señora, me mandaste; y porque fuesse
mas secreto mi amor, fingì querella,
no porque yo, señora, la quisiesse.
Estela. Lauro, Lauro, no mas hablar con ella,
que hablarè con Ricardo, aunque te pese:
ya no es tiempo, que andemos en secretos.
Ric. Pues no es secreto amor entre discretos?
Estela. Llegando à declararme de esta suerte,
no quiero discreciones. *Ric.* Gran señora,
que està aqui Julio, y que nos oye advierte.
Estela. Pues por esso harè yo matarle aora.
Julio. A mì, señora, à mì me dàs la muerte?
por què delito à Julio, que te adora?
pero para la muerte, què mayores,
que haver sabido faltas de señores?
Estela. Por el donaire, Julio, te perdono.
Julio. Ea, que no pensabas en matarme,
que tengo en tu grandeza ilustre abono,
y aqui no tienes tù que perdonarme;
pero assi del mayor imperio, y trono
tu Casa de Lorena timbres arme,
como pienso, que Lauro te parece,
y no es falta querer quien te merece.
Estela. Lauro, aora tristezas?
Ricardo. Nunca oìste,
que en la prosperidad ninguno es sàbio,
y que mejor un hombre se resiste
de la desdicha en el adverso agravio?
Estoy (ay Dios!) de tus favores triste,
desconfiado el pecho, mudo el labio,
el alma sin valor, y la esperanza
temiendo la fortuna en la bonanza.
Veo zeloso al Principe Ricardo,
Principe al fin, y à tì no mal contenta
de verle padecer: pues ya, què aguardo,
si sè el peligro, y temo la tormenta?
El de Polonia pròspero, y gallardo,
pùblico, Estela, ya servirte intenta:
pues en saliendo en pùblico, no miras,
que en vano de tì misma te retiras?

Ni

Ni tù querràs, que yo pierda la vida
à manos de Ricardo injuſtamente,
q̃ un hombre de quien tù fuiſte homicida,
ſolo le ha de matar ſu pena auſente:
y no preſumas, que la auſencia olvida
en tu hermoſura efecto diferente,
que tiene amor para impreſsiones tales
eſtampa de las almas inmortales.

Eſtela. Lauro, ſi tù no ſupieras
mi calidad, y valor,
ingrato à mi grande amor,
temer mudanza pudieras;
mas ſi quien ſoy conſideras,
es juſto que conſideres,
que no todas las mugeres
à qualquier viento, que corre,
como veleta de torre,
mudamos de pareceres.
No he penſado declararme
tan locamente contigo,
ni es bien, ſi lo mas te digo,
en lo menos recatarme:
para ayudar à vengarme,
no ha de faltarte valor,
eſcucha, y pierde el temor,
que ſi amor credito alcanza,
quien no tiene confianza,
no diga, que tiene amor.

Ricardo. Señora, nunca he temido
de tu generoſo pecho;
de mi poca dicha sì.

Eſtela. Oye lo que digo, atento,
para abreviar la venganza,
y quitarte, Lauro, el miedo.
Dile al Principe Ricardo,
que ſi como yo le quiero,
me quiere, y como me agrada,
le agrado, no nos canſemos
en calles, rejas, y noches,
dilatando el caſamiento,
que de la Corte ſe vaya,
y que buelva deſcubierto,
echando fama, que ha ſido
reſuelto por mi Conſejo,
que nos caſemos los dos:
y quando juntos eſtemos,
y èl llegue à darme la mano,
dirè (gran venganza eſpero)
retirando yo la mia,
dirè con atrevimiento:
Principe, no me agradais,
atràs la palabra buelvo,
porque ſi os parecì fea,
vos me pareciſteis necio.

Ricardo. Notable imaginacion!

Eſtela. Lauro, en eſto me reſuelvo.

Ricardo. Y ſi ſe enoja Ricardo?

Eſtela. Què importa, ſi entonces tengo
mil Soldados prevenidos.

Ricardo. Y yo, què figura llevo
en eſte diſcurſo tuyo?

Eſtela. Ser condicional concierto,
que tù vienes à caſarte
con Celia, para que al tiempo,
que te quiera dàr la mano,
pueſto que eres tù tan bueno
como èl, premie tu cariño,
y en èl caſtigue un deſprecio.

Ricardo. La venganza, Eſtela mia,
conozco, que es de tu ingenio,
y la merced, que me haces,
digna de tu heroico pecho;
mas ſi Ricardo agraviado,
previene Exercito luego::-

Eſtela. Por dònde le ha de paſſar
deſde Polonia ſu Reyno
al Ducado de Lorena?

Ricardo. Aora bien, lo que has reſuelto,
es para tanto honor mio,
que acertado, ò deſacierto,
ſe ha de executar por mì.
Dà cuenta à tu Parlamento
de lo que has determinado,
mientras al Principe buelvo.

Eſtela. Voy à prevenir à Celia,
de quien me vengo con eſto
de los zelos que me ha dado. *Vaſe.*

Ricardo. Siempre ſe vengan los zelos.

Julio. Eſcuchando eſtas locuras
he eſtado atento, aunque pienſo,
que debo de haver ſoñado,
ſeñor, lo miſmo que veo.
Diſculpo de la venganza
à la Duqueſa, y confieſſo,
que haverla llamado fea
es el ultimo deſprecio

en condicion de muger,
y que este notable enredo
es fabrica del agravio
en su raro entendimiento.
Lo que me admira, y me obliga,
Ricardo, à perder el seso,
es vèr, que el Principe seas,
y que digas muy severo,
que iràs por èl, dònde, quàndo,
à quièn, ò còmo: què es esto?
què Principe ha de venir?
sino que estàs previniendo,
que venga el Conde en tu nombre.
Ricardo. Oy ha de quedar deshecho,
Julio, todo este teatro
de la fortuna, y el tiempo:
oy ha de hacer fin mi engaño,
viendo que ha llegado al puerto
de mi esperanza, y vencido
este gigante sobervio,
despreciador de los hombres.
Julio. Còmo?
Ricardo. Tèn, Julio, silencio,
que pintaron los antiguos
la dicha de un buen sucesso,
en los pies la diligencia,
y en las manos el secreto. *Vanse.*
Salen Estela, Celia, el Governador, y el Capitan.
Gov. Albricias me daràn vuestros Estados.
Estela. Solìcitos cuidados
de su descanso, y gusto han preferido,
Governador, mi condicion, y olvido;
ya estamos de casarnos concertadas
mi prima, y yo.
Govern. Si estais bien empleadas,
dichosos parabienes
Lorena os dà por mì.
Estela. Si quexa tienes,
por haver escusado al Parlamento
el conferir con èl mi casamiento,
sabed, que fue forzoso
el secreto, y el nombre de mi esposo;
pero ya que ha venido,
desde oy sabrèis, q̃ el de Polonia ha sido
Principe generoso,
que por cartas de Lauro concertado
(que con èl solamente se ha tratado)
està en Lorena, y en la Corte pienso.
Govern. De tus vassallos el amor inmenso
esto solo pedìa
por conservar en sì su Monarquìa:
y à Celia, en quièn la empleas,
si la misma ventura le deseas?
Estela. En su primo del Principe Ricardo,
que todos conoceis, Lauro gallardo.
Celia. Hasta aora, señora, no creìa
tanta ventura mia:
tus pies mil veces beso,
y ya, pues puedo, alegre te confiesso
el justo, el grande amor que le he tenido.
Estela. Importa, que advertido
el Capitan, y con igual secreto,
tenga para este efeto
un tercio de Soldados
no lexos de Palacio.
Capitan. Què cuidados
de guerra, en tanta paz, teme su Alteza?
Estela. O sea por grandeza,
ò por temor de algun sucesso estraño,
no puede el prevenirlos hacer daño:
id vos, Governador, à acompañarle,
reconocerle, y darle
el parabien por todos mis Estados;
y vos, para que esteis con los Soldados,
Capitan, en el puesto que os parezca,
para salir, quando ocasion se ofrezca.
Cap. Bien puede vuestra Alteza estàr segura.
Govern. Conceda el Cielo pròspera ventura
à tan dichosas bodas. *Vanse los dos.*
Celia. Confusa estoy de vèr, q̃ no acomodas
el aposento, que à los dos conviene,
pues ya te han dicho, que Ricardo viene.
Estela. Sossiega, Celia mia,
que ha de tener la noche de este dia
sucesso diferente.
Celia. Ya parece, que suena entre la gente
el regocijo.
Estela. Es propio en los antojos
de amor, anticipar el bien los ojos.
Sale Julio.
Julio. Pùblico, pues lo has mandado,
y justa licencia tiene
del Conde, y de Lauro, viene
el Principe acompañado:
admirase la Ciudad

del ſecreto que has tenido.
Celia. Mas lo eſtarà de que ha ſido
en tu deſdèn novedad.
Eſtela. Viene muy galàn Ricardo?
Julio. No ha pretendido moſtrar
cuidado, aunque no faltar
à lo que debe à gallardo.
Eſtela. Y Lauro viene contento?
Julio. Viene contento de vèr,
que llegue el tiempo de ſer
de tu venganza inſtrumento.
Eſtela. Habla, Julio, con recato:
quàl te parece mejor
de Lauro, ò Ricardo? *Julio.* Amor
del Principe, ò fuera ingrato,
no me dexaràn juzgar
qual es mejor; pero advierte,
que los quiſo de tal ſuerte
naturaleza pintar,
que parece que copiò
el uno del otro, tanto,
que mirarlos cauſa eſpanto,
pues no determino yo,
con tratarlos cada dia,
qual es Lauro, y qual Ricardo.
Eſtela. Parece que me acobardo
de vèr mi necia porfia:
caſi arrepentida eſtoy,
que es propio de la venganza,
quando lo que eſpera alcanza.
Celia. Viene? *Eſtela.* A recibirle voy.
Salen Ricardo, Octavio, el Governador, el Capitan, y el Conde.
Ricardo. A dònde decìs que eſtà
mi ſeñora la Duqueſa?
Govern. Aqui os eſtàn eſperando
ſu Alteza, y ſu prima Celia.
Capitan. Notablemente parece
à Lauro. *Eſtela.* Sea vueſtra Alteza
bien venido.
Ricardo. Y no es poſsible,
que haya bien, que mayor ſea.
Eſtela. Perdonad, Lauro, que os tuve
por Ricardo: à dònde queda
el Principe? *Ricardo.* Yo, ſeñora,
ſoy el Principe. *Eſtela.* No fuera
poſsible, ſin ſer milagro,
haver la naturaleza
hecho en una miſma eſtampa
dos roſtros de una manera:
Lauro, decid, dònde eſtà
el Principe? *Ricardo.* Hermoſa Eſtela,
ya os digo, que ſoy Ricardo.
Eſtela. Vaſſallos, traicion es eſta,
el Principe me ha burlado.
Ricardo. Conde, ſoy yo?
Conde. Quièn pudiera
ſer, ſino vos? *Octavio.* Soy Ricardo,
Octavio? *Octavio.* No manifieſta
vueſtro valor, que ſois vos?
Ricardo. Julio? *Julio.* Señor?
Ricardo. A què eſperas,
què no le dices quien ſoy?
Julio. Señor, en coſa tan cierta,
què importa el credito mio?
Ricardo. A la Corte de Lorena
vine, ſeñora, por verte,
preſumiendo, que pudiera
verte, ſin dexarte el alma;
y como de tu belleza
hizo tan grande impreſsion
aquella divina fuerza
en ella, y en mis ſentidos,
no pude, ni me atreviera
à paſſar de Francia à Eſpaña;
pero la impoſsible empreſſa
de conquiſtar tu deſdèn,
que à tantos Reyes deſprecia,
tantos Principes deſcarta,
tantos amantes deſdeña,
me puſo tanto temor,
que intentè, que te dixeran,
quanto fue cauſa, ſeñora,
de la venganza que intentas,
ſolicitando tu amor,
no por ſobervia grandeza,
como muchos confiados,
que has deſpreciado por ella.
Si entendì tu condicion,
ſi tu endioſada aſpereza,
ſi vencì tu libertad,
y la palabra confieſſas,
que me diſte, ſiendo Lauro,
y aora no me deſechas
por Principe de Polonia,
tus bellas manos merezca:

que

que muerto, ò premiado, estoy
contento de vèr, que tenga
victoria amor de un desdèn,
que fue en belleza, y sobervia
Fenix, y Luzbèl de Francia,
quedando mi nombre en ella
con mas fama, que Alexandro,
y con mayor diferencia,
pues èl conquistaba el mundo,
y yo el cielo de la tierra.

Estela. Tanto ha sido tu valor,
que me pesa, que no seas
Lauro, para hacer por tì
lo que por Ricardo hiciera:
no por Lauro mereciste
castigo, ni yo quisiera
mas venganza de Ricardo,
que saber por cosa cierta,
de que estaba enamorado,
quando èl me daba sospechas
de que era fea en sus ojos:
enojada he visto à Celia,
darèmosla al Conde? *Ricardo.* No,
para que de Octavio sea.

Celia. Ya sabes, que siempre he estado
à tu voluntad sujeta.

Octavio. Y yo, dichoso mil veces,
pues consigo tal belleza.

Ricardo. Al fin, què dices de mì?

Julio. Antes que lo digas venga,
pues no hay Inès para Julio,
alguna cosa, que pueda
satisfacer tantos passos.

Estela. Dos mil ducados de renta,
y à Lauro, y Ricardo juntos
la mano, y el alma à medias,
para que los dos la partan.

Ricardo. Aqui diò fin el Poeta
à la Hermosa Fea, Senado,
pero con esta advertencia::-

Todos. Si os agrada, serà Hermosa,
y si no, la Hermosa Fea.

F I N.

Con Licencia, en VALENCIA, en la Imprenta de Joseph, y Thomàs de Orga, Calle de la Cruz Nueva, junto al Real Colegio de Corpus Christi, en donde se hallarà esta, y otras de diferentes Titulos. Año 1772.